

"Asemal", una singular experiencia del escritor Darío Cantón, encarada con rigor y humor

Estrictas aventuras del poema, su "cocina" y los comensales

Escribe
Julio Schwartzman

Inocentemente, el cartero desliza el número 18 de *Asemal* bajo nuestra puerta y se va. *Asemal* —¿alegato antifilántrópico, burla de la ortografía, inversión de las palabras "La mesa"?— cumple ya tres años de existencia en la doble busca de una poesía que indague en lo cotidiano y de un canal adecuado para que esa poesía, libre de la mortaja encuadrada, circule con la mayor amplitud posible.

El responsable de esa busca es Darío Cantón. En sus cinco libros de poemas (*La saga del peronismo*, *Corrupción de la naranja*, *Poamorio*, *La mesa*, *Poemas familiares*), pasó por distintas experiencias: la edición del autor, las editoriales quijotescas que iban a la bancarrota de la mano de la poesía, la cautela de las grandes casas editoras. A medida que su obra poética crecía, Cantón llegó a formular una ecuación que pudo llevarlo a un error malthusiano: su producción aumentaba en proporción inversa a las posibilidades de publicación. Pero en lugar de controlar drásticamente ese crecimiento y volcarse en forma definitiva a su otra vocación, la sociología (*El parlamento argentino en épocas de cambio*, *El mundo de los tangos de Gardel*), Cantón halló una solución audaz a esa crisis y, de paso, encaró una de las experiencias más originales de que haya noticia para hacer que la poesía, hoy, se lea, se difunda, se piense.

Eso es *Asemal*, un "tentempié de poesía", seis paginitas de papel madera, 18 por 26 centímetros, elegantemente impresa en cuerpo 12 cuya edición el propio autor costea y envía por correspondencia, cada cuatro meses y gratuitamente, a amigos, a

amigos de amigos y a quien lo solicite a la Casilla de Correo Central 5209.

—Todo comenzó en 1975, cuando decidí dar salida regular a parte del material que tengo inédito, y a las nuevas cosas que fuera escribiendo. Lo único que pretendí, desde entonces, fue una contestación de los lectores, un aviso de que existían, bajo la forma de una ratificación de su domicilio, o —de ser posible— un comentario, una apreciación crítica.

—¿Los destinatarios dieron señales de vida?

—En la mitad de los casos, sí. Son los que hoy siguen recibiendo *Asemal* y mis respuestas, ya que traté de no interrumpir la correspondencia con los que se decidieron a escribirme. La tirada actual es de ochocientos ejemplares, la mitad de los cuales llegan a lectores del extranjero.

Cinco gruesos biblioratos que me muestra Darío Cantón testimonian ese intercambio. No creo que muchos poetas —ni, en general, escritores— puedan tener a tal punto una garantía de que el circuito escritura-publicación-lectura se cumpla tan acabadamente, y sin clausurarse en la pasividad,

lo que es quizá más importante.

En realidad, la obra anterior de Cantón prefigura esta relación, en la que el libro como objeto resulta cuestionado. En *Poamorio*, las "tapas" estaban paradójicamente en el medio, y la lectura se iniciaba en forma abrupta y provocativa. En cambio, *La mesa*, sátira de la monografía académica, omite el nombre del autor. Pero por encima de estos detalles, que podrían tomarse como travesuras intrascendentes, hay una poesía cuya constante es un asedio de lo familiar y lo doméstico, pero no precisamente en un registro ritual de las repeticiones, sino en la sorprendente irrupción del peligro y en la presencia inevitable del tiempo, la corrupción y la muerte.

A veces hay un deliberado prosaísmo, como en el Nicanor Parra de los *Antipoemas*, o un rescate de la materialidad de las cosas que nos rodean, como en Francis Ponge. Pero tras esa materialidad late siempre la amenaza del tiempo, la conciencia de una carencia, conjurada a veces por un amor que es el

primero y primordial ("Sin las huellas/ amanecidos sobre el mundo/ sin cuerno/ que alguien tocara/ en silencio/ se abrazaron"), o el otro fuego que es el poema ("Vos y yo/ encerrados en este pedazo/ de papel/ tu lectura haciendo/ de cenizas brasas/ leño que fui") o la universalidad de toda experiencia humana ("El pelo que acaricias/ cuando a solas/ no es el tuyo/ o si lo es/ no es tu mano").

Hay en el director de *Asemal* otra preocupación: la "cocina" del poema, su trastienda, la pregunta por el cómo. Por eso, el último número de su periódico viene con *El cuento del poema*, definido como "suplemento natural —ya que no cultural— de *Asemal*". Allí se transcriben siete versiones distintas de un poema publicado en otro número, y se intenta dar cuenta de la razón de algunos cambios, se explica la situación en que fueron escritas hasta llegar a la versión final.

—Pero la "cocina" —objetos— no está sólo en estas versiones sino principalmente entre la página blanca y la primera versión, y tal vez sólo pueda reconstruirla —si acaso— a través del trabajo crítico.
—Es posible, pero yo no pre-

tendo ser mi propio crítico. La tarea que he emprendido (y que continúa un artículo mío aparecido en la revista *Hispanoamérica*) tiene otro sentido: mostrar a los demás cómo trabajo, no porque lo mío sea "ejemplar", sino porque es tan sólo un ejemplo. Siempre aspiraré a saber cómo escribían los otros, y siempre me extrañó el desdén de cierta crítica actual por el hombre que produce los textos.

Hecha de rigor y buena dosis de humor —conjunción nada fácil—, *Asemal* es una experiencia que se aleja del libro y se acerca gratamente al pliego de cordel. Su subtítulo, "Tentempié de poesía", es ya una declaración de principios. Sabemos que el tentempié es ese refrigerio; pero también es ese muñeco que recibe estoicamente las trompadas recuperando siempre su posición vertical. Un juego, claro, pero que conlleva ciertos riesgos. Un desafío (tente—en—pie, si puedes), ni más ni menos que esa montaña rusa de Nicanor Parra, de la cual podríamos bajar "echando sangre por boca y narices".

Copyright La Opinión, 1978